

## LAS PROBABILIDADES DEL HOMBRE EN UNA CIVILIZACION INDUSTRIAL

### LAS CARACTERÍSTICAS DE UNA CIVILIZACIÓN INDUSTRIAL (1)

Cuando, hace poco más de siglo y medio, poco antes del año 1789, Jacobo Watt logró que funcionara por vez primera su máquina de vapor, ¿supuse acaso que abría una era en la historia de la Humanidad y que aquel artefacto, concebido por él principalmente para dar facilidades a las fábricas de textiles, aparecería como el iniciador y el símbolo de una forma de nueva civilización? Cualquiera que sea la desconfianza que siente todo historiador hacia las célebres «fechas fatídicas», mediante las cuales se pretende seccionar el tiempo y reducir a esquemas lógicos la fluidez y la complejidad de los procesos humanos, sin embargo, a esta invención de la máquina de vapor, en su mayor parte, es a la que debe atribuirse, por supuesto, el comienzo de esta civilización en que nos hallamos sumergidos por completo, y la cual determina no sólo nuestras condiciones materiales de vida, sino también infinitas de nuestras reacciones psíquicas más graves, la civilización industrial.

¿Quiere esto decir que antes de aquella fecha no existían las industrias? Evidentemente, no. En Atenas, en Roma, en la Alta Edad Media y más aún en los albores de los tiempos modernos, en el Flandes y en sus antiguas ciudades de tejedores, o en la Florencia de los Médicis, existían ya numerosas industrias, ricas y aun poderosas entonces para su época. Sin embargo, no hay duda alguna de que la simple alusión que acabamos de hacer a

---

(1) Conferencia del historiador DANIEL ROPS, miembro de la Academia Francesa.

esas industrias del pasado nos ha hecho sentir cuán alejadas están las nuestras de aquéllas, en sus principios y en sus métodos, y cuánto más modesto era su papel, a la sazón, que el que asumen en nuestra época sus herederas. A decir verdad, se ha operado un cambio importante, que podríase caracterizar o resumir en pocas palabras: «Antiguamente existían industrias, pero la civilización no era una civilización industrial.» Intentemos ahora comprender en qué consiste ese cambio.

### LA EVOLUCIÓN DE LAS TÉCNICAS

Al proponer como punto de partida de la civilización industrial la invención de la máquina de vapor hemos indicado ya uno de los elementos (sin duda el más fundamental) de esta mutación: el desarrollo de la técnica. Está fuera de toda discusión que, para la mayor parte de los hombres civilizados del siglo XX, la técnica aparece como el fundamento mismo de la civilización, así como que los términos «civilización técnica» y «civilización industrial» son sinónimos, lo cual no es, tal vez, enteramente exacto. ¿Quiere ello decir que la técnica se hallaba ausente de las formas anteriores de la civilización y, muy especialmente, de la industria? No, evidentemente. Si se entiende por técnica el esfuerzo del hombre por acrecentar mediante tales o cuales instrumentos sus facultades de producción y por utilizar las fuerzas de la Naturaleza, entonces sí, existía ya una técnica en los días en que un egipcio desconocido, hace cuatro mil años, moviendo una especie de rueda hidráulica con sus álabes, en la corriente del Nilo, hacía subir el agua a un nivel superior, o cuando un babilonio de la misma época inventaba la carreta. Pero precisamente a partir de la fecha en que Jacobo Watt logró que se escucharan las primeras explosiones de su célebre máquina es cuando se ha producido un fenómeno extraordinario, el cual se halla bastante lejos, por otra parte, de haber llegado a su término: el aumento prodigiosamente rápido de las invenciones técnicas. Ese es un hecho que se impone a nuestro espíritu, aunque no podamos explicárnoslo bien, tanto como resulta difícil medirlo con precisión. Los americanos han intentado establecer estadísticas de las invenciones técnicas «primordiales». La única conclusión que se impone es que el aumento de las invenciones técnicas, lentísimo hasta el siglo XV

—hasta tal punto que ha podido decirse que San Luis, en el plan técnico, es casi un contemporáneo de Pericles y hasta de Ramsés II—, se ha acelerado de manera brusca y ha ascendido cual una flecha desde el final del siglo XVIII. Detengámonos, pues, en esta primera noción. Nos hallamos en una civilización industrial porque disponemos, para nuestras industrias, de medios técnicos cada vez más numerosos, cada día más variados y cada vez más potentes.

#### LAS CONSECUENCIAS DE LA EVOLUCIÓN DE LAS TÉCNICAS

De este prodigioso crecimiento han resultado, en el plan humano, tres grandes consecuencias, que, analizadas, nos permitirán apreciar mejor los caracteres de la civilización industrial. La primera de ellas es que, con su desenvolvimiento, la técnica trae consigo un alejamiento progresivo del hombre respecto de todo aquello que es natural, quiero decir, de todo cuanto se relaciona evidentemente con los dones de la Naturaleza. Y eso es verdad en todos los dominios. Por ejemplo, antaño, para nutrirse, el hombre podía hacer su pan, y para vestirse, hilar y tejer su lana. Hoy, toda la existencia del civilizado depende de técnicas industriales. La separación va siendo cada vez mayor entre el producto natural de origen y el producto de que el hombre hace uso. Verbigracia, entre el maíz o la madera y las materias plásticas, que desempeñan un tan gran papel en nuestra existencia. Retengamos, pues, este segundo punto: nos hallamos en una civilización industrial porque la industria tiende, cada día más, a tomar a su cargo toda la vida material del hombre.

Pero hace más, y es que somete al propio hombre a su ley. Ahí tenemos, pues, una consecuencia de la evolución técnica. Porque el espíritu humano, no contento con haber inventado las máquinas, ha comprendido muy pronto también que, al hacerlas funcionar bien, era indispensable que el hombre aceptara su ritmo y la lógica imperiosa que preside la construcción de aquéllas. La gran revolución industrial del siglo XIX no se ha operado cuando se crearon numerosos medios técnicos, sino más bien cuando, en un esfuerzo de logística, un Taylor, un Ford, un Bedeaux y otros idearon el empleo de métodos que ponían rigurosamente de acuerdo al hombre con la máquina. Actualmente, el sis-

tema de trabajo en cadena *parece* caracterizar la civilización industrial *tal y como la conocemos*. Subrayo los vocablos *actualmente, parece y tal y como la conocemos* porque más adelante habré de afirmar que ese estado de hecho creemos haya de ser provisional. Por el momento, esta especie de simbiosis del hombre y de la máquina aparece, por supuesto, como una de las nociones características de la civilización industrial. Tal es el tercer punto que deseamos retener: nos hallamos en una civilización industrial porque, en una medida creciente, la industria y la técnica imponen a la vida humana sus ritmos y sus leyes.

#### GRANDEZA Y SERVIDUMBRES DE LA CIVILIZACIÓN INDUSTRIAL

He ahí, pues, establecidas algunas definiciones, cuyo carácter elemental, por otra parte, no ofrece la menor duda. Pero, al establecerlas, ¿no habremos sugerido de pasada y al propio tiempo las críticas que con harta frecuencia oímos formular contra la civilización industrial? Lo preguntamos porque nadie ignora que esta civilización industrial no disfruta de una buena prensa entre los hombres de nuestro tiempo. Incluso muchos que viven de ella la critican con una aspereza desconcertante. O más bien una exaltación enteramente excesiva del progreso técnico y de sus resultados prácticos aparece con frecuencia, a la par que con una manera de requisitoria y con argumentos de un valor bastante desigual.

Por ejemplo, se oye censurar a la civilización industrial que reduce los objetos a una deplorable identidad y también de ser el origen de guerras devastadoras, con carácter planetario, cuya aparición, es cierto, ha coincidido muy bien con el nacimiento de aquélla. Se incrimina a la civilización industrial de las condiciones inhumanas en que con gran frecuencia coloca al ser humano y también se la culpa con rigor de destruir los paisajes y perspectivas de la tierra. Ni que decir tiene que no es posible considerar como igualmente graves, igualmente valederas, críticas tan semejantes. A cuantos deploran que la industrialización de un producto suprime la diversidad se les puede responder que vale más que un mayor número de personas se beneficien de un objeto de utilidad vulgarizado por su producción en serie antes que ver ese mismo objeto, hecho a mano, quedar reservado para algunos privilegiados de la fortuna. Y a quienes deploran la carencia de es-

tética de ciertas realizaciones industriales no costaría gran esfuerzo responderles que esa crítica no puede aplicarse a algunas industrias actuales; es decir, todavía insuficientemente impulsadas hasta el término de su lógica interna, y que las industrias verdaderamente muy modernas, las que utilizan particularmente la energía en su forma más noble, la electricidad, son perfectamente capaces de respetar las bellezas naturales e incluso de mejorarlas. Quien ha visto en Francia el Genissiat o el Shipshaw en el Canadá comprenderá todo el valor de este argumento.

Para juzgar equitativamente acerca de la civilización industrial, de sus ventajas y de sus peligros, es menester, con toda evidencia, situarse por encima de cierta imaginaria fácil, criticable igualmente por el exceso de sus elogios que por la futilidad de sus críticas, ya que no hay duda alguna de que esta civilización industrial contiene en sí misma amenazas bastante terribles para que no nos sea posible despreocuparnos de ella. Pero eso no quiere decir que haya necesidad de oponerse a ella sistemáticamente, en virtud de concepciones más o menos románticas, semejantes a aquellas de que se ha hecho apóstol el Mahatma Gandhi, por razones por lo demás contingentes y políticas, por lo menos tanto como filosóficas, cuando aquél ha preconizado el retorno a la ruina y al abandono de las industrias textiles.

#### ES INCONCEBIBLE UNA REGRESIÓN DE LAS TÉCNICAS

La civilización industrial es un hecho. En el mundo en que vivimos, en esta mitad del siglo XX, ese hecho ha adquirido una potencia tan evidente, que literalmente es absurdo oponerse a él. La historia nos enseña que, una vez adquirido un progreso técnico, ya no desaparece, a menos que surjan unas catástrofes que lo aniquilen, y aun así, en ese caso, se mantiene en muchas partes de la tierra, para imponerse de nuevo al espíritu humano, después de un período más o menos largo. En la situación en que nos hallamos, es literalmente inconcebible la desaparición de la civilización industrial. Incluso una catástrofe planetaria, una de esas destrucciones atómicas, cuya hipótesis, ¡ay!, no podríamos excluir, no arrastraría consigo la ruina definitiva, sino que acarrearía un retroceso más o menos extenso. Ahora los negros y los amarillos han sido ciertamente los discípulos de los blancos para que, de

una manera o de otra, no puedan seguir caminando sobre sus huellas si la raza actualmente dominante fuera bastante loca para suicidarse. Dada la vía por la que la civilización industrial se ha lanzado, no puede pensarse que haya de retroceder. La única conclusión lógica que se impone al espíritu es, pues, la de avanzar cada vez más lejos y lo mejor posible por esta ruta, al objeto de que la humanidad obtenga el máximo de los beneficios que de la civilización pueda alcanzar.

#### EL PROGRESO INDUSTRIAL, ETAPA DE LA EVOLUCIÓN HUMANA

En realidad, ese argumento no es el único. Hay otros, y de una importancia superior, en favor de la civilización industrial. El más decisivo es de orden metafísico. Si tiene sus defectos y sus peligros, esta civilización representa, irrefragablemente, una etapa, admirable en sí, del progreso humano. Como la ciencia con la cual está ligada por mil fibras, como la técnica de la cual hemos visto que era hija, la civilización industrial propone a nuestro espíritu una prueba innumerable de sus cualidades únicas y de su irrecusable valor. De todos los seres vivos que pueblan la Tierra, el hombre es el único que haya conseguido esta sumisión creciente de las fuerzas de la Naturaleza a su servicio. En el objeto más humilde salido de la máquina para nuestro uso hemos de saber reconocer una manifestación de esa chispa cuyo depósito lleva aún en sí el más débil y hasta el más retrasado de los hombres. Y eso acaso sea lo que, sin saberlo, sentimos cuando visitamos una de esas grandes fábricas que son los templos de la civilización industrial. Por encima de los aspectos pintorescos y utilitarios, hay, para quien sabe comprenderlo, un testimonio espiritual expresado por la fábrica. Casi siente uno el anhelo de repetir lo que Pierre Termier decía de la ciencia, que la comparaba a una catedral: «Se ha entrado en ella despreocupado, a veces burlón; pero poco a poco el alma se siente emocionada y se pregunta, en medio de un gran estremecimiento, si no ha sido Dios quien acaba de hablar.»

Ni que decir tiene —pero estos argumentos casi vacila uno en formularlos, porque parecen perogrulladas—, que otra razón para no rechazar la civilización industrial es su utilidad. Ya se ha dicho mil veces, pero es menester repetirlo, puesto que hay muchos contemporáneos que fingen olvidarlo. En la medida en que liberta al

hombre de las esclavitudes materiales, la civilización industrial es benéfica y legítima, y lo es tanto y aún más en la medida en que permite aumentar el bienestar humano. Nunca se repetirá demasiado, aunque al hacerlo se digan verdades archisabidas, que para fabricar un clavo, o un ladrillo, o un pan, el hombre del siglo XX tiene que relizar mucho menos trabajo que su antepasado de la Edad Media. Y también que se beneficia de unas condiciones de vida cuyas facilidades su antepasado ni siquiera sospechaba. Y que todo eso es debido al desarrollo del progreso industrial.

Séame permitido esta manera de argumentar; pero se leen en esta materia tantas profesiones de fe estúpidas, que consideramos necesario adoptar una posición clara. Las críticas que pueden formularse contra la civilización industrial no tienen sentido más que si, como cuestión previa, se ha comprendido su importancia y los resultados beneficiosos de la misma. Entonces pueden y deben formularse críticas, y ése será ahora el tema de nuestras consideraciones. Críticas, si se quiere, o más bien observaciones acerca de ciertos peligros que, tal como se desenvuelve hoy, lleva en sí misma la civilización industrial y los hace recaer sobre el hombre. Definir, según el título propuesto por nuestro amigo Roger Millot para esta conferencia —*Las probabilidades del hombre*— no es otra cosa que diagnosticar esos peligros y tratar de ver por qué medios podemos hacerles frente.

Pero, antes de intentar ese diagnóstico, querría insistir en algunas de las frases o conceptos que acabo de pronunciar. La «civilización industrial, tal como la conocemos actualmente», he dicho anteriormente, e insisto sobre la significación capital a mi juicio que reviste esta fórmula. Está hablándoos un historiador; es decir, un hombre que está acostumbrado a considerar los hechos desde perspectivas que exceden las de la existencia humana y que, desde el pasado al futuro, trata de comprender los necesarios encadenamientos. Tal y como la conocemos hoy, la civilización industrial es, a los ojos de la historia, un momento, un aspecto, de una evolución, algunos de cuyos ciertos caracteres ya podemos prever y aún decir, en globo, en conjunto, en qué sentido se hará, a pesar de que hay innumerables elementos que no conocemos todavía. En la perspectiva histórica, la civilización industrial es joven todavía, muy joven, y tal vez los defectos que le atribuímos no sean más que los síntomas de una enfermedad de juventud, de esa *enfermedad infantil* por cuya prueba, según la teoría de

Lenin, han de pasar todas las realizaciones del hombre. En el momento en que vamos a intentar caracterizar lo que podrá acaecer al hombre en la civilización industrial de mañana, conviene hacer un inmenso y constante esfuerzo para arrancarnos a las costumbres de nuestro espíritu, para intentar concebir el porvenir no en función de presente inmediato, sino con los elementos de desarrollo que este presente lleva consigo, pues esos elementos deben corresponder con las probabilidades o dejar prever graves peligros.

#### LA CONDICIÓN HUMANA ANTE EL DESARROLLO DE LAS TÉCNICAS

La crítica más inmediata que pueda formularse contra la civilización industrial se refiere a las condiciones mismas en las cuales aquélla coloca al hombre en el seno de su trabajo. Hace unos instantes hemos hablado de una especie de simbiosis entre la máquina y el obrero. No hay duda alguna de que en esta asociación casi orgánica el hombre es quien sale perdiendo. Ya no nos hallamos, evidentemente, en la situación en la que el siglo anterior denunció la célebre información de la Academia de Ciencias Morales y Políticas. Se han realizado inmensos progresos, en cuanto a la duración de las jornadas de trabajo, en cuanto al reposo indispensable, en cuanto a las condiciones de salubridad y de *confort* en que trabaja el obrero, si bien es cierto que, acerca de este último punto, deban realizarse aún bastantes progresos. Pero está hoy fuera de duda de que sólo por la sumisión que se ha impuesto al ser humano de un ritmo de labor mecánica ya hay ahí para él una amputación de la libertad, una aniquilación de la voluntad creadora, tan importante en el trabajo, e incluso con gran frecuencia una verdadera acción destructora de su salud y de su equilibrio psíquico.

La célebre frase de Pío XI en su *Quadragesima anno* —«la materia sale ennoblecida de la fábrica; mas el hombre se degrada en ella»— tiene, desde el punto de vista de la civilización industrial, un sentido crítico muy justo. Tal como funciona actualmente —insisto de nuevo en esta fórmula— esta forma de civilización tiende en numerosos casos a reducir al hombre a una especie de esclavo de la máquina. Todos los sistemas modernos de producción, fundados en la fabricación en cadena, en la repetición de los mismos gestos, en el cálculo del tiempo, conducen a



esta sumisión del ser vivo y pensante al instrumento inanimado. Es posible, es tal vez cierto, que esa sumisión es desastrosa para el hombre. Basta con haber leído los testimonios de cuantos, por haber hecho la experiencia de este género de trabajo automático, han sido capaces de escribir acerca de ella, un Jacinto Dubreuil o un Mikol, por ejemplo, para medir el peligro: se trastornan los nervios, se produce en seguida el desgaste fisiológico y se encuentra amenazada la sensibilidad profunda. Algo peor aún, si se trata de mujeres. Léase, si no, *Femmes en usine (Mujeres en fábrica)*, libro escalofriante de Michèle Aumont, esta universitaria que voluntariamente ha querido trabajar como obrera, y se comprenderá más exactamente a qué peligro queremos referirnos. Ahora bien: sólo en la región parisiense hay más de setenta mil mujeres que trabajan así, al servicio de máquinas cuyo ritmo es a menudo literalmente inhumano. Charles Faroux, en el relato que ha publicado de su viaje a América, ha referido que habiendo preguntado a un ingeniero, después de una visita a una fábrica de automóviles: «Pero ¿dónde están, pues, sus viejos obreros?», se le respondió: «Vaya usted a darse una vuelta por el lado del cementerio». Admitamos que haya algo de exageración ante el deseo de hacer una frase. Pero, ¿quién será el ingeniero, responsable de sus obreros, que pueda decir, sin embargo, con plena conciencia, que en nuestras fábricas de mediados del siglo XX no existe ese peligro?

Reconozco por adelantado que se me podrá objetar que existen imperiosas razones económicas que pueden imponer a un jefe de empresa métodos de producción que, en efecto, merecen estas críticas. Tampoco desconozco, en modo alguno, la fuerza del argumento. Un jefe de empresa debe legítimamente considerar como su primer deber hacer vivir la empresa confiada a sus cuidados. Si la producción exige una producción inhumana, la responsabilidad incumbe, en bastantes casos, mucho menos a los hombres individualmente designados que a todo un sistema del cual tanto el patrono como el ingeniero son tan esclavos como el último de los peones. Pero se me permitirá que haga observar que el tema acerca del cual se me ha pedido meditar esta noche en voz alta no es el porvenir de la producción y las condiciones de su desarrollo, sino las probabilidades del hombre.

Desde el punto de vista, pues, que nos interesa; desde el punto de vista del hombre, ¿qué solución puede ser aplicada a este problema? O dicho de otra manera: ¿qué debemos hacer para

que el obrero no sea el esclavo de la máquina y se aniquile en lo esencial de su persona por la propia organización de la producción? En este punto, pido a mis auditores que, por vez primera, hagan un esfuerzo para salir de las perspectivas demasiado estrechas en que nos hallamos. Decimos: en las circunstancias actuales es menester que haya obreros para alimentar, vigilar y en caso necesario suplir, en sus faltas, a la máquina. ¿Es eso verdad, es verdad *todavía*? ¿Es que la inteligencia humana no dispone, a estas alturas, de todo un conjunto de medios técnicos que podrían sustituir al hombre y, por consiguiente, libertarlo de esa esclavitud?

### ¿PUEDE LA MÁQUINA LIBERTAR AL HOMBRE?

La respuesta se impone al espíritu desde el momento en que se está al corriente, por poco que sea, de la evolución de la técnica moderna (y creed que no es un técnico quien os habla, sino sólo un «hombre de la calle», que en este dominio sabe lo que el común de los hombres puede saber). El advenimiento de las técnicas electrónicas y cibernéticas, el empleo generalizado de la célula fotoeléctrica, del servomotor, de todos los medios que la ciencia aplicada pone a nuestra disposición, hasta hacer que las máquinas realicen todos los gestos automáticos, incluso los más complicados, son, de manera indudable, hechos cuya importancia será inmensa. Sepámoslo bien, procuremos darnos bien cuenta de ello: estamos hoy en los umbrales de una segunda revolución industrial, más decisiva, más radical que la que acabamos de vivir desde hace poco más de cien años. Abordamos ahora la era de las máquinas automáticas, de los almacenes sin vendedores, de las fábricas sin obreros, de la agricultura teledirigida. Eso no es un sueño, ni es una utopía, es un hecho que comprobamos todos los días, cada vez más, por la experiencia. Basta con haber visto funcionar una plegadora automática en una imprenta o encenderse automáticamente las señales luminosas cuando llega la noche en una línea ferroviaria para adivinar qué revolución se prepara. Cerca de Londres, en una isla del Támesis, una fábrica construye desde hace dos años puestos de radio sin intervención alguna de la mano del hombre. He ahí el porvenir tal como podemos ya entreverlo.

Ni que decir tiene que, en una perspectiva de esta índole,

queda eliminado el peligro que hemos señalado anteriormente. En la industria de mañana, ya no serán necesarios esos peones de uno y otro sexo que, a lo largo de la jornada, repiten, implacablemente, con la misma cadencia, uno o dos gestos idénticos. Para justificar una civilización industrial todavía imperfecta, debemos dirigir el pensamiento hacia una civilización industrial más perfecta. La esclavitud del hombre con respecto a la máquina, no cabe de ello la menor duda, está llamada a desaparecer, y en proporciones ciertamente considerables, acaso radicales y totales. Y hasta es probable que nuestros sucesores sobre la Tierra allá por los años 2.050 y posteriores juzguen nuestros métodos de trabajo en cadena y otros sistemas similares de producción con la misma severidad que nosotros juzgamos el empleo, por los industriales de 1850, de los niños de siete años y de las mujeres encinta.

#### EL PARO TECNOLÓGICO IMPONE UNA REVISIÓN DE NUESTRAS CONCEPCIONES SOCIALES Y ECONÓMICAS

Así, pues, si ahora queremos responder a la pregunta que presupone el título de esta charla: «¿Cómo salvaguardar las probabilidades del hombre en su propio trabajo industrial?», la respuesta acude lógicamente al espíritu. Y esta respuesta se dirige muy especialmente a aquellos que, como jefes de industria o como directores, tienen masas humanas bajo sus órdenes: en todo trabajo en el que una máquina pueda reemplazar a la labor humana la finalidad superior de la civilización industrial quiere que esa máquina sea puesta en servicio y que el hombre pueda descansar. Resulta un absurdo, en el sentido más profundo del término, y es un pecado contra el espíritu, que se obligue a los hombres a ejecutar labores extenuantes, o degradantes, o bien susceptibles de aminorarlos psíquicamente, cuando existen los instrumentos automáticos que podrían asumir en su lugar esos trabajos.

Comprendo muy bien, ¿tendré necesidad de decirlo?, qué argumentos económicos y sociales se me pueden oponer. De los segundos hablaremos dentro de un instante, pues es harto evidente que sería una tontería para el hombre el renunciar a un trabajo que le permita vivir antes que morir de hambre como parado. En cuanto a los argumentos económicos, no desconozco en manera alguna la importancia de ellos, pero me limitaré a re-

petir que no se me ha pedido que me sitúe en el plano económico. Es absolutamente cierto que, dadas las circunstancias actuales —permitidme, una vez más, subrayar esa fórmula—, razones imperiosas de rentabilidad pueden oponerse a esta sustitución del hombre por la máquina automática. Pero también en este punto, ¿no debemos propugnar, desde una civilización industrial todavía imperfecta, otra más perfecta? La coyuntura actual puede ser considerada como provisional, como intermedia. Eso no cambia en nada la exigencia en cierto modo moral, filosófica, que vemos en la finalidad de esta misma civilización industrial: utilizar hasta el máximo la máquina.

Y puesto que en este momento es esta situación intermedia y provisional la que estamos estudiando, querría hacer aquí una advertencia y una sugestión. Si admitimos que durante un cierto tiempo todavía, que deberemos prever más o menos largo, según las diversas industrias y producciones, será necesaria una cierta parte de trabajo indiferenciado, automático, fatigoso para el que lo ejecuta, ¿es justo que sean siempre los mismos hombres quienes lo realicen? ¿Es legítimo que esta forma moderna de la esclavitud, la sujeción a la máquina, sea impuesta a algunos y no a otros? Frente al peligro que amenaza a la colectividad humana, todos los pueblos civilizados han admitido la existencia de un deber militar. Me pregunto si, frente al peligro de deshumanización que el actual sistema industrial hace pesar todavía sobre una parte de la Humanidad, ¿no existe un deber cívico tan imperioso y asimismo fundado en la moral? Mi amigo Armand Dandieu, a quien hace veinte años la muerte nos arrebató, con las esperanzas de un joven ingeniero, había propuesto la idea de un servicio civil, debido por todos y destinado a repartir equitativamente la carga del trabajo todavía necesario. Nadie duda de que si ese servicio existiera el conjunto de la sociedad tendría mucha más conciencia de su responsabilidad frente a este peligro y tendería más ardientemente a libertar de él (mediante el empleo cada día mayor de la máquina) al hombre como esclavo de aquélla. El ideal que perseguiría la creación de un servicio civil semejante, ¿no sería, por lo menos, tan importante como el que el soldado sacrifica a la guerra? Porque se trataría nada menos, en suma, que de preservar por ese medio las probabilidades del hombre en el mundo de mañana.

## UNA CIVILIZACIÓN INDUSTRIAL A LA MEDIDA DEL HOMBRE

Sin embargo, al proponer como principio de la civilización industrial concebida en función del hombre la sustitución sistemática de la máquina en el trabajo humano, hemos planteado, evidentemente, otro problema cuya importancia sería absurdo negar. Cuanto más fiel a este principio sea la civilización industrial; es decir, cuanto más reemplace al hombre por la máquina, más tenderá a eliminar la persona humana; esto es, en las condiciones actuales —subrayemos otra vez esta fórmula— más le privará de los medios de vivir, quiero decir de ganarse su vida.

### EL PARO TECNOLÓGICO

Tenemos ahí un fenómeno que es de tal modo conocido, que basta con hacer alusión a él. Todos los manuales de economía política lo estudian. El maquinismo moderno elimina de manera ineluctable el trabajo humano. Una de las finalidades más evidentes de la civilización industrial es la de tender a esta eliminación. Si el minero industrializado extrae, término medio, 20.000 toneladas de carbón por año, cuando trabajando con el pico extraía apenas 1.000, eso quiere decir que entre veinte mineros quedarán sin trabajo diecinueve. Si el cuidado y encendido de la caldera de un transatlántico moderno con *mazut* exige apenas diez hombres, en lugar de los ciento que exigía la utilización del carbón, ello equivale a decir que noventa de cada cien fogoneros no tendrán ya trabajo. Y esa regla se aplica en todos los dominios, tanto en la agricultura industrializada como en la producción industrial más diversa. Los estadísticos americanos admiten que la productividad industrial ha aumentado, término medio, aproximadamente 1.400 por 100 en cincuenta años; es decir, que, teniendo en cuenta un cierto aumento de las necesidades y de alguna extensión de los mercados, la demanda de mano de obra sigue una curva descendente fatal. Como límite opuesto, tenemos la industria cibernética, la fábrica con *robots*, capaz de funcionar por sí sola; esto es, negando al hombre la probabilidad que nos parece más fundamental, la de ganar su vida trabajando.

A este peligro, cuya existencia nadie puede desconocer, hay

que agregar el paro técnico, que se produce, en cierto modo, como sustancialmente inseparable del propio desarrollo de la civilización industrial. Y todavía debemos agregar otro, que podemos tener por menos grave, en el sentido de que es acaso provisional. Puesto que los adelantos técnicos de que se beneficia nuestra época no se han visto acompañados de progreso en el plan del reparto, del consumo, de los cambios, etc., sufrimos periódicamente graves crisis. Como una máquina gigantesca a la que, de súbito, le faltara el aceite en sus engranajes fundamentales, nuestro sistema de producción se detiene también, atascados sus medios de rodaje. Lógicamente, puede admitirse que todos éstos son incidentes deplorables, debidos a una mala organización de conjunto y que una civilización más perfecta sin duda los eliminaría. Pero, tal como funciona en la actualidad, esta civilización parece hallarse obligada a admitir las crisis económicas como fatalidades, análogas a lo que son para el organismo humano la enfermedad y la muerte. Desde el punto de vista del hombre, de todo ello resulta una segunda causa de eliminación del hombre fuera del circuito del trabajo: el paro debido a la crisis de superproducción y de falta de venta conduce al mismo resultado que el paro tecnológico: que quita al hombre el derecho elemental, inscrito en el más venerable de los textos, de ganar el pan con el sudor de su frente.

#### ¿TIENEN LOS HOMBRES DERECHO A TRABAJAR PARA VIVIR?

Abordamos aquí el peligro más grave que corre el hombre en la civilización industrial. Toda la sociedad, tal como las conocemos, está basada en un principio que, hasta nuestros días, ha parecido indiscutible, el mismo que Lenin, palabra por palabra, ha tomado de San Pablo: «¡El que no trabaja no tiene derecho a comer!» Este precepto puede conservar todo su valor en el orden moral. Si la civilización industrial lo hace inaplicable, ¿qué será del hombre que, no pudiendo ya trabajar, no tenga derecho a comer?

Poco importa que la causa de esta supresión del trabajo sea técnica o económica. Es preciso darse cuenta de que nos hallamos ahí frente a un dilema cuya importancia sólo se empieza a medir ahora, pero ante el cual será menester que un día u otro, y cuanto antes, nuestra sociedad haga un esfuerzo para salir de él. Hace

algunos meses este mismo problema se planteó, en términos patéticos, en Florencia, por uno de los hombres más notables que posee hoy Italia, el señor La Pira, alcalde de la ciudad del lirio rojo. He aquí los hechos. Una fábrica de Toscana, la de Pignone, realizaba malos negocios desde hacía varios años, por la competencia de rivales mejor instaladas que ella. Los administradores decidieron el cierre de los establecimientos, con lo cual estaban no sólo en su derecho, sino hasta en su poder, ya que cualquier administrador de una sociedad tiene como primera obligación la de hacerla vivir; es decir, prosperar normalmente. Pero ese despedido ponía en la calle a 1.200 obreros, quienes, con sus familias, representaban lo menos 6.000 personas lanzadas a la miseria. Circunstancia agravante: en un país en donde hay cerca de 2.000.000 de parados, resulta prácticamente imposible a un hombre que pierde su puesto colocarse en otro sitio. Fué entonces cuando intervino La Pira. Mediante una acción cuya violencia «revolucionaria» han criticado algunos, planteó así el problema: «¿Tienen los hombres, sí o no, derecho a trabajar para ganar su vida?» Lo que equivalía a decir: «La civilización industrial, ¿tiene por fin último el producto, el beneficio, el dinero... o el hombre?» Poco importa el medio que el alcalde de Florencia utilizó para llamar la atención del mundo sobre este problema. Basta con reflexionar muy poco tiempo en las condiciones en que se halla colocada actualmente nuestra civilización para comprender que, desde ahora, tiene planteado el dilema de La Pira y que será indispensable encontrarle una solución.

#### ¿QUÉ SOLUCIONES TENEMOS ANTE LA ELIMINACIÓN DEL HOMBRE POR LA MÁQUINA?

Hasta ahora, lo que se dice soluciones, no se ha encontrado ninguna. O más bien las que han sido experimentadas constituyen falsas soluciones. La que consiste, por ejemplo, en mantener a los hombres en un trabajo determinado, de manera artificial, para permitirles que ganen su vida. En los tiempos de Mussolini, he visto, en Siena, a un centenar de desmontistas que estaban agotándose bajo el duro sol excavando los cimientos de un estadio..., en tanto que una excavadora dormía, paralizada e inútil, en un rincón de la obra. Verdadera herejía, de las que todos nosotros conocemos bundantes ejemplos. Otra falsa solución es también,

¡ay!, la demasiado conocida que consiste en destruir los productos para evitar una baja de los precios, porque la baja desequilibraría el sistema de producción y de venta. Herejía también ese maltusianismo económico que, para permitir al hombre que conserve su derecho a la vida, destruye los bienes mismos que son necesarios para la vida. Y falsa solución aún —¿me atreveré a decirlo?— esa a la cual parece agarrada nuestra civilización moderna, pero arrinconada ya por dos veces, cuando se ha encontrado en un callejón sin salida, pues la guerra se halla muy lejos de no tener más causas que las económicas; si hemos de tener en cuenta los motivos de orgullo y de imperialismo de los individuos y de las naciones, ¿no es verdad que las grandes guerras modernas, consideradas desde un punto de vista puramente material, parecen ser el último medio que posee una civilización desequilibrada para reabsorber a la vez productores y productos, como para utilizar a los parados?

¿Cómo debe ser, pues, concebida una verdadera solución? Si hacemos de nuevo la distinción que ya hemos indicado varias veces entre la civilización industrial tal como es y tal como podrá ser cuando haya llegado al extremo máximo de su lógica interna, nos veremos impelidos a concebir dos órdenes de soluciones. Las unas, inmediatas. En la situación actual, conviene que un progreso en la organización corresponda estrictamente a todo progreso técnico que acreciente la producción. Los medios que pueden adoptarse no faltan: una planificación de la producción y de los cambios, que trate de impedir la repetición de las crisis económicas, se impone evidentemente al espíritu. Asimismo se impone la utilización de los espacios vacíos del planeta. Jamás se repetirá bastante el gran pecado contra la Humanidad que constituyen las reglamentaciones acerca de la inmigración, por culpa de las cuales existen vastísimas regiones del mundo que están todavía casi des pobladas, mientras que hay otras en donde las masas humanas no encuentran remedio a su escasez, acorraladas por el hambre. Igualmente, una civilización verdaderamente organizada debería hacer los mayores esfuerzos para elevar el tipo de vida de muchos pueblos todavía económicamente atrasados, y eso no sólo por un espíritu de justicia, sino también en interés suyo bien comprendido, ya que la apertura de nuevos mercados disminuiría en la misma proporción los riesgos de crisis, se daría de comer a muchos otros y el hombre se garantizaría a sí propio el derecho a vivir de su



trabajo. Que en la India pueda morir de hambre anualmente uno o dos millones de seres humanos eso no es sólo un escándalo para la conciencia. Económicamente hablando, es también un absurdo.

#### NECESIDAD DE GARANTIZAR EL DERECHO A LA VIDA

Pero sobre ese particular no podríamos hacernos la menor ilusión, por necesarias que aparezcan a nuestras generaciones las soluciones que acabamos de indicar. Si se considera el problema desde un punto de vista más elevado, en esta perspectiva histórica en que os he dicho que intentaría situarme, nos vemos obligados a reconocer que estas soluciones no son más que paliativos provisionales. En un plazo equis, imprevisible para nosotros, pero ineluctable, los hombres que viven de la tierra acabarán, desde luego, por organizar la producción y la distribución de los bienes necesarios para su vida, y el *standard of living*, si no puede igualarse nunca totalmente, tenderá, empero, a una cierta modificación. Pero entonces es cuando se planteará el más grave de los problemas, cuyas nociones se leen ya en filigrana en la página de nuestra historia. Si la civilización industrial tiende, de una manera fatal, a disminuir el trabajo humano en proporciones tan considerables que podrá hablarse de una eliminación, ¿es que la sociedad podrá entonces basarse en el viejo precepto de que «quien no trabaja no tiene derecho a comer»? A la vista de todos se produce hoy una disociación entre el derecho a la vida y la obligación del trabajo. Ese es un problema, repito, de los más graves que puedan plantearse, puesto que es el ritmo mismo de la existencia humana y hasta su justificación los que se verán comprometidos, sin hablar de la concepción religiosa, la cual ve en el trabajo a la vez el castigo de una falta y un medio de redención.

Sin querer introducirnos en el difícilísimo terreno metafísico adonde tales cuestiones nos llevarían, podemos preguntarnos en qué dirección sería lógicamente concebible una solución práctica. Si el hombre, en una civilización industrial a la que llamaríamos de buen grado total, no puede *ganar su vida mediante el trabajo*, y como será indispensable, a pesar de todo, que viva, ¿cómo puede imaginarse que podría resolverse esta antinomia? La respuesta exige, ni que decir tiene, recurrir al sentido etimológico del término, que en este caso conviene llamar una *utopía*. En buena lógica, sería necesario admitir que las probabilidades del hombre.

en un sistema perfecto de producción, no serían respetadas más que si, independientemente de toda obligación de trabajo, la sociedad le garantizase el derecho a la vida. Un *mínimo vital* que corresponda a las necesidades elementales: tal es la única solución que una lógica absoluta nos permite concebir. Por otra parte, no cabría que nos hiciéramos ninguna ilusión acerca del derrumbamiento absoluto de nuestras concepciones que supone un juicio tal acerca del porvenir, en que el problema de los ocios, por ejemplo, llegará a ser el más importante de la vida en la tierra, en donde acaso pudiera renacer una producción libre, no automatizada ni industrializada, y de carácter artesanal. Pero a cuantos se hallasen inclinados a no tomar esta *utopía* más en serio que la de Tomás Moro o la de *Los viajes de Gulliver*, ¿no podemos responderles que esta disociación entre la obligación de trabajar y el derecho a vivir existe ya entre nosotros, bajo la forma del socorro al paro?

De una cosa debemos estar bien convencidos: de que no sería posible pensar seriamente en reservar las probabilidades del hombre en la civilización industrial de mañana si no tenemos la energía suficiente para plantear claramente este problema, y si la Humanidad, con todas sus fuerzas, no le busca una solución.

#### EL ESPÍRITU TÉCNICO ENGENDRA LA ABSTRACCIÓN EN EL DOMINIO POLÍTICO Y SOCIAL

Así, pues, hay dos peligros que nos parecen amenazar al hombre en esta nuestra civilización y cuyos caracteres irán acentuándose a medida que el sistema industrial vaya obedeciendo cada día más a sus exigencias esenciales. Para descartar esos peligros; es decir, para salvaguardar las probabilidades del hombre, nos hemos visto impelidos a recurrir a una organización, todavía imperfectamente ordenada, por otra mejor ordenada. Y pensando en una mejor organización de la producción es como podemos admitir que la persona pueda escapar al peligro que hoy corre en virtud de su sujeción a la máquina. Reclamando una planificación de la producción y de los cambios y que la sociedad, hasta un cierto límite, tome a su cargo un mínimo vital indispensable, es como podemos esperar permitir al hombre que pueda escapar de la angustia de no poder ya vivir cuando ya no pueda trabajar más. Pero ahí precisamente está el drama más sombrío de la época en que nos hallamos, el más sombrío todavía de los tiempos que

podemos adivinar para el futuro, ya que podemos preguntarnos si estos sistemas de organización y de planificación a los cuales invocamos no traerán consigo peligros todavía más serios que los de hoy.

Un hecho que la historia nos obliga a comprobar es el siguiente: la aparición y el desarrollo de la civilización industrial, tal y como los observamos desde hace ciento cincuenta años, han marchado a la par con la aparición sobre la tierra de sistemas políticos y administrativos que amenazan cada vez más al hombre en su libertad y en su realidad. Ahora tenemos de ello no sólo la sospecha, sino la certidumbre: una sociedad perfectamente organizada lleva en sí misma el germen de una implacable tiranía. Como con tanta lucidez lo ha hecho notar Pío XII en su mensaje de Navidad de 1953, existe un *espíritu técnico* que tiende a reducir al hombre a la nada, a un simple número de cuenta en sus cálculos de la producción y de la distribución, y este espíritu técnico tiene su equivalente, en el plano administrativo y político, en la tiranía del Estado totalitario, en donde todos los sectores de la vida humana y no sólo la económica, la moral y hasta la religiosa, corren a cargo de unas autoridades colectivas implacables, aquellas mismas que Nietzsche, profeta de los abismos, supo calificar tan bien de «los más fríos de todos los monstruos fríos».

Tal es el círculo terrible, verdaderamente infernal, en que nuestra sociedad parece encerrada. Si deja que se prosigan así los acontecimientos, la sociedad persiste en que sigan pesando sobre el hombre unos peligros que no tienen nada de imaginarios y que habrán de ir acentuándose cada día más; o bien, si se separa de su propio desorden, corre el riesgo de entregar a la persona humana, atada de pies y manos, al poder de no sabemos qué Molochs abstractos, más destructores todavía. Impresiona enormemente comprobar cómo todos los pensadores que, en nuestros días, intentan representarse el porvenir llegan a conclusiones pesimistas. Recuérdese la novela a la vez pintoresca y abrumadora de Aldous Huxley, *Brave new world*, traducida al español con el título de *El mejor de los mundos*. En esa sociedad futura que el autor ha imaginado, en donde cada ser viviente llevará un uniforme numerado, en la que estará estrictamente prohibida toda iniciativa personal, en la que no será permitido amar y sufrir, en la que los niños nacerán en una especie de bocal y en la que los agonizantes morirán mediante una inyección de eutanásica, ¿cuál será

la probabilidad del hombre? Y todo eso no es un desvarío o un ensueño más o menos impregnado de ironía de un novelista pesimista, ya que una obra bastante reciente —y además apasionante—, la del periodista alemán Junck, *El futuro ha empezado ya*, en la que se relatan de manera objetiva un cierto número de hechos observados por el autor en la América industrializada actual, sugiere irresistiblemente las mismas conclusiones.

El verdadero peligro, el peligro supremo que corre el hombre en una civilización industrial y perfectamente consecuente, es el de dejar de ser ya un hombre, el de no ser sino un rodaje o un insecto, el minúsculo piñón de un gigantesco mecanismo, el termes o la hormiga al servicio de la colectividad. Y éstos no son sino algunos de los síntomas menos trágicos que el historiador puede poner de resalto en nuestra época, puesto que estas extrañas coincidencias parecen empujar a los regímenes enemigos a expandirse en esta negación de lo que consideramos como los valores determinantes del hombre. Por medios diferentes y aun con intenciones también diferentes, América, que aspira a erigitse en la guardiana de las libertades humanas, parece deslizarse hacia un régimen singularmente muy semejante al que declara combatir: el del sometimiento al estatismo, la obligación de pensar con arreglo a unos principios comunes. De la negativa a lo que el pensamiento humano tiene de no conformista cuando aquél es verdaderamente libre, no es Moscú, ¡ay!, quien tiene el monopolio. El mundo entero se halla amenazado de que se establezca en él el reinado de los «monstruos fríos».

Ante un peligro tan evidente, ¿cómo preservar las probabilidades del hombre? No hay cuestión más dramática que ésa entre las planteadas en nuestro tiempo. Pero la respuesta que puede formularse a la misma tiene algo en sí de tan frágil, de tan hipotético, que puede comprenderse muy bien que algunos la consideren como irrisoria. Esta respuesta no es nada más ni nada menos que una respuesta espiritual. Al definir anteriormente los peligros que pesan sobre el hombre, en virtud de la doble circunstancia de la técnica y de la desorganización del mundo, pensábamos sobre todo en un hombre material. O más bien, si ampliamos el campo de nuestras preocupaciones, al acordarnos de que «lo espiritual es en sí mismo carnal», como decía Péguy, y que es una sana filosofía la de pensar en hacer vivir el cuerpo del hombre antes que pretender salvar su espíritu. Pero el hombre

no es sólo un cuerpo, capaz de producir y susceptible de consumir. Es también otra cosa, y esta otra cosa es la que el porvenir de la civilización industrial parece amenazar, y también a esta otra cosa es a la que habremos de recurrir para intentar encontrar la solución.

### CONCLUSIÓN

No hay por qué disimularlo: se trata, en definitiva, de un verdadero acto de fe. Un acto de fe en el hombre, en sus riquezas en esa chispa divina que reconocemos en él. Desde un punto de vista estrictamente determinista, la civilización de mañana parece, por supuesto, hallarse destinada a convertirse en ese «mejor de los mundos» de que nos habla Aldous Huxley, en ese hormiguero, en esa monstruosa maquinaria regulada por unas leyes de una barbarie supertécnica. Pero hay también otro punto de vista, el de los hombres que tienen aún confianza en el hombre, que creen que el hombre es algo más que un animal o un robot y que lleva en la frente una imborrable semejanza. Carlos Marx decía: «No son las ideas y los sentimientos los que transforman el mundo, sino que es el mundo, al transformarse, el que derrumba las ideas y los sentimientos.» Frente a tal criterio, hemos de afirmar que para nosotros más que las ideas, más que los sentimientos, son las verdades profundas del hombre las que transforman el mundo, y que si el hombre lleva en sí bastante fervor y fe, generosidad y valor, el mundo de mañana no será esta monstruosa barbarie que podemos temer, sino la imagen de un orden fundado en el amor.

Al final de su obra *Deux sources de la morale et de la religion*, se pregunta Bergson si el «crecimiento» del hombre gracias a la máquina no había introducido un desequilibrio fundamental en la sociedad. «Extensión tan vasta, potencia tan formidable, tan desproporcionada a su dimensión y a su fuerza, que seguramente nada de ello había sido previsto en el plan de la estructura de nuestra especie». Luego esta «probabilidad única» contiene en sí una amenaza. «En este cuerpo desmesuradamente aumentado, el alma sigue siendo lo que era, demasiado pequeña ahora para llenarlo y demasiado débil para dirigirlo. Y de ahí el vacío entre ella y él. De ahí los terribles problemas sociales, políticos, internacionales, los cuales son otras tantas definiciones de ese vacío...» Y Bergson

llega a la conclusión de que «el cuerpo así agrandado espera un suplemento de alma, y que la mecánica exigiría una mística».

Estas líneas célebres de un profeta de nuestros días no han cesado de ser verdaderas. Este esfuerzo para dar a nuestra sociedad un suplemento de alma es lo que se reclama desde ahora —*hic et nunc*— a cada uno de nosotros. En la práctica, ese esfuerzo consiste en hacer todo lo posible —sobre todo cuando tenemos el privilegio y la responsabilidad, como es vuestro caso, el de los que me escucháis, de ocupar un puesto de jefes en esta civilización industrial de la cual depende el porvenir del mundo— para que la necesaria evolución de la técnica se opere en beneficio del hombre y no comente esas abstracciones terribles que son, demasiado frecuentemente, el provecho, el beneficio, la potencia y el dinero. Y eso consiste también en salvaguardar en nosotros y en derredor de nosotros, con un mismo esfuerzo, los valores verdaderos que sabemos son la medida del hombre, el amor de los hombres, el sentido de la libertad, el gusto por la belleza y la alegría creadora de la inteligencia. Este doble esfuerzo, en definitiva, escapa a las exigencias de la evolución técnica y económica y no depende de ningún determinismo de la historia. Las probabilidades decisivas del hombre existen en nosotros mismos, y cuando somos verdaderamente hombres es cuando las preservamos.

En esta nuestra época tan extraña, en la que las mayores esperanzas que la Humanidad haya jamás concebido se encuentran trágicamente aliadas a visiones atroces de cataclismos, es, en definitiva, a esa cosita tan frágil que se llama la conciencia humana, a esa caña de que hablaba Pascal, a la que está confiado el porvenir del hombre y del mundo.

Pero ¿no es en la misma certidumbre de esta debilidad en la que, midiendo nuestros riesgos, concebimos nuestras probabilidades? Tal vez estemos llamados a ver nuestra civilización sacudida por sismos horrorosos; tal vez veamos incluso morir este mundo nuestro para que sobre sus ruinas renazca otro mundo mejor. Pero ¿hay para el hombre verdadero, consciente de sus más profundas exigencias, una certidumbre más llena de exaltación que la de saber que en sí mismo es en donde se opera el nuevo nacimiento y que sus probabilidades las tiene en sus propias manos?

DANIEL ROPS